

EL CORAZÓN DE JESÚS

Con ser tan escasa la civilización de este país, hay que reconocer que a muchos españoles les estorba lo que de europeos tienen, y en su deseo de retroceder a lo que ellos llaman la *época feliz*, apelan a los medios más ridículos.

No basta haber hecho reír a todo el mundo bendiciendo bayonetas en nombre de un Dios de paz y caridad, y santificando batallones por medio de las arengas de los obispos, procedimiento infalible para marchar rectamente a la desgracia y la derrota; no basta haber solicitado del Dios del cristianismo el exterminio de nuestros semejantes, entonando para ello rogativas y dedicando novenas a las momias más acreditadas de la Península en esto de obrar milagros; no basta aún la vergonzosa *plancha* del fanatismo español, al cual han contestado los inquilinos del cielo con una derrota por cada procesión y una burla sangrienta por cada golpe de pecho; y ahora, cerrando los ojos al escarmiento, no queriendo ver que si caemos es por exceso de confianza religiosa y falta de instrucción, la masa montaraz, roma de entendimiento e intransigente en sus odios, que sostiene aquí los ideales reaccionarios, en vez de ocultarse afrentada por su fracaso, se atreve a mostrarse más insolente y agresiva.

Asombra la frescura de tales elementos. Obispos hay que se han atrevido a asegurar que la ruina de España es por falta de religión, como si aún pudiera ser capaz de mayor fanatismo un pueblo que tiene entregada su enseñanza a frailes y jesuitas; que acoge en su seno a los religiosos de todos colores y sexos, arrojados a puntapiés del resto de Europa; que pierde un imperio colonial como el de Filipinas por no causar la menor molestia a los pobrecitos misioneros, respetables mozos de cordel a quienes bastó trasquilarse la cabeza, almacén de rústicos sermones, para vivir en plena Jauja amparados por los pobres militares, que iban allá a padecer y morir para que ellos viviesen tranquilos; un pueblo, en fin, que cuando llega la hora de las economías mete la mano en todo... menos en el presupuesto del clero. ¡Y aún dicen que caemos por falta de religiosidad! Los fanáticos de sacristía afuera, creyendo a puño cerrado lo que les dicen desde arriba, se imaginan que la ruina nos viene de la impiedad, que aquí nos perdemos por no rezar bastante, por no dirigirnos Dios a todas horas por conducto del jesuita y del fraile, cuyas recomendaciones valen más allá arriba que las del simple cura, y para ayudar a la regeneración del país plantan a la puerta de sus casas o en las persianas (i) de sus balcones un corazón artístico como un pimiento, con la siguiente inscripción: «En esta casa se adora el Corazón de Jesús.»

Bueno... Nos alegramos de saberlo, aunque solo gente chismosa, mal educada y averiguadora, como es la que pulula en cofradías y hermandades, puede tener interés en escudriñar lo que piensa o lo que adora el vecino.

Figúrense esos beatos que adornan la entrada de sus casas con una pieza anatómica y una declaración que nadie les exige, figúrense, repito, que en un raptó de imbecilidad contagiosa nos diera a todos por seguir su ejemplo y plantáramos en la puerta lo que deseamos y adoramos.

Por ejemplo: yo pondría la imagen de un jesuita con la sotana remangada y saliendo por pies, y debajo esta inscripción: «Aquí se adora a Carlos III, no por rey, sino por haber creído al conde de Aranda»; y otro de más allá, según sus gustos, pintaría un tonel con este anuncio: «En esta casa se venera el vino»; y el de más lejos un trofeo taurino con este lema: «No hay más Dios que el Guerra y el *Bomba* su profeta»; y el vecino un corsé con esta divisa: «Gloria al sexo débil»; y de este modo conseguiríamos que al entrar el forastero en una ciudad, viendo en todas las puertas la profesión de cada vecino, dijera con acento de convicción:

—Ya sé dónde estoy. Yo conozco al alcalde de esta ciudad. Es el doctor Esquerdo.

Hablando en serio (si es que en serio puede hablarse de esos mentecatos que colocan el corazón de Jesús en las puertas, a modo de esas placas que indican que la finca está asegurada contra incendios, no nos extraña el arranque de ostentación de esos fanáticos; es más, lo consideramos racional.

Son seres que, aunque exteriormente parecen civilizados y visten a la europea, llevan dentro de sí al salvaje que sueña con nostalgia en los tiempos de barbarie, de vida animal contenida y reglamentada por el miedo al diablo, a quien temen más que a Dios.

Y ese salvajismo interno tira de ellos de vez en cuando, arrastrándoles a que inconscientemente imiten a la gente falta de civilización.

La puerta de la casa más o menos artística, es para el civilizado un lugar de paso, en el que no fija su atención.

Pero entre la gente salvaje es otra cosa. El moro pinta en ella una mano de bermellón con los cinco dedos bien abiertos para ahuyentar las enfermedades; el asiático coloca el ídolo panzudo, con la mirada fija en el ombligo y sumido en extática contemplación, que aleja al demonio del mal; el indio americano planta ante su cabaña los enormes mogotes rematados por fantásticas cabezas, que aterran a los malos espíritus; el negro de África cuelga en la entrada de su *kraal* los milagrosos amuletos que velan su sueño... y el indio de España, ya que no ha llegado para él la ansiada hora de pasear por los montes el corazón de Jesús en forma de escapulario con el «*detente bala*», lo coloca en su puerta con la misma adoración irracional que el moro, el chino, el indio y el hotentote sienten por sus fetiches.

¡El Corazón de Jesús!... Si los fundadores de la Iglesia volviesen al mundo, abominarían de su obra al ver cómo la han puesto de San Ignacio de Loyola acá.

Desde que la religión es en toda Europa arma política contra la libertad; desde que los jesuitas son los directores del catolicismo, las antiguas imágenes han quedado arrinconadas para ceder plaza a otras de su invención.

De la imagen de Jesús crucificado, de aquellos Cristos severos y sombríos de la antigua devoción, que expresaban de una manera trágica y conmovedora el drama del Calvario, solo se acuerdan los curas simples, que dicen misa o predicán para la muchedumbre, para la morralla, para la gente pobre, que únicamente da algún ochavo a las almas del purgatorio.

Hoy lo que vale es cantar al son de un armónium en una capilla azul o rosa, como una decoración de opereta, y oír al padre jesuita, que en estilo melifluido y ante públicos de *hombres solos* o de *señoras solas*, ensalza el milagroso poder del hermoso mancebo rubio, perfumado y rizado, que sonríe en lo alto del altar, y desabrochándose la túnica tersa como un chaleco, muestra un corazón de color cereza con su moñete de llamas.

Hay dos catolicismos: uno el de Cristo y la Virgen a la antigua usanza, el del clero secular que, salvo raras excepciones, procura vivir y que le dejen tranquilo, y en el cual el principal defecto es un exceso de su misión, ante el otro catolicismo que avanza arrogante, y le atropella; el catolicismo elegante, político y avasallador, que puebla el cielo con nuevos santos; el catolicismo de los jesuitas, que ha inventado el Corazón de Jesús como bandera de combate y la Virgen de Lourdes como burla a la ciencia.

Ese catolicismo es el que hace que sus adeptos exhiban sus emblemas en la vía pública: el que, a modo de hierro de ganadería, los marca con el sacro corazón.

A primera vista parece insignificante y ridículo esto de colocar tales emblemas en las puertas de las casas.

Mas para los que conocen los procedimientos del jesuitismo, nada tiene esto de despreciable.

El jesuita es un cuchillo traidor que se introduce sutilmente con la hoja vertical. Una vez se hunde hasta el puño, gira entonces, agrandando la herida.

Ahora solo se trata de placas en las puertas de los adeptos.

Si esto se consiente, vendrá después la distinción social entre los que exhiben el corazón de Jesús y los que no lo exhiben; vendrá la guerra a los comercios e industrias que se nieguen a ostentar tal emblema; el sitio por hambre a los que no quieran aparecer públicamente con el collar de la jesuítica jauría.

Aún es tiempo.

Ya saben todos lo que deben hacer con esos grotescos adornos que van a convertir las calles de las ciudades españolas en aldeas del Congo, pobladas de fetiches.